

ANIVERSARIO



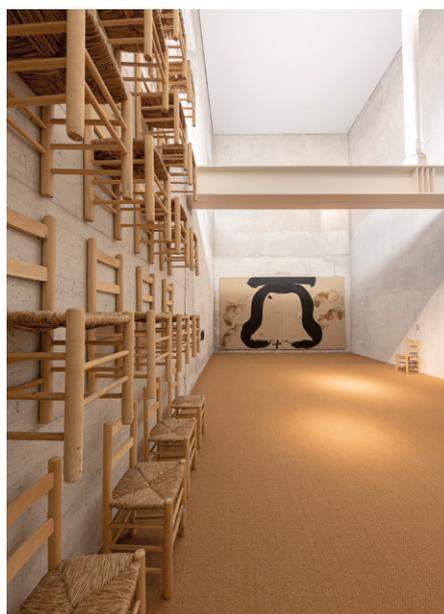
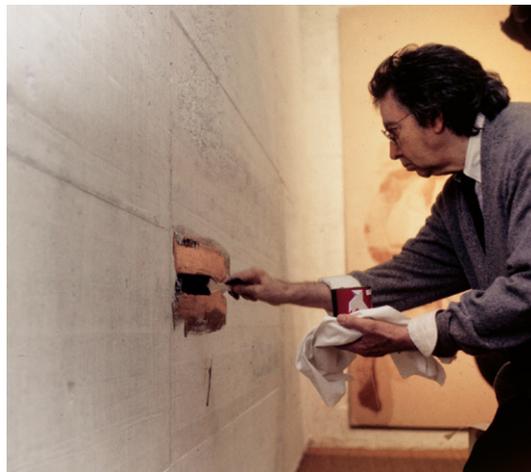
En pleno centenario del nacimiento de Antoni Tàpies, entramos en una de sus obras más mágicas y desconocidas: la Sala de Reflexión, en el sótano de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Un espacio

MISTERIO REVELADO

para la introspección que los arquitectos Jordi Garcés y Enric Soria crearon en línea con la sensibilidad del artista de la abstracción. Garcés nos revela los misterios de este lugar que ahora es posible visitar.

POR CRISTINA ROS POU





El *Díptico de la Campana* (1991), de 3,5 metros, ocupa la pared del fondo. El artista –arriba, a la derecha, interviniendo en uno de los muros– también participó en la colocación de veinte sillas de enea en uno de los laterales como metáfora de la ascensión espiritual.

La Sala de Reflexión es uno de esos lugares mágicos que esconde Barcelona. Lo de oculto es literal ya que se encuentra en el sótano del Campus de la Ciutadella de la Universidad Pompeu Fabra (UPF). En 1995, los arquitectos Jordi Garcés y Enric Sòria andaban inmersos en el diseño de una parte de esta universidad cuando recibieron el encargo de crear este espacio para el recogimiento que contaría con obras de Antoni Tàpies (1923-2012). La entente fue inmediata, no solo porque se conocían de antes, sino también porque los tres compartían la tendencia a la austeridad. En el marco del programa de actividades del Año Tàpies que organiza la UPF con motivo del centenario del nacimiento del artista –quien nació en diciembre, a las puertas de 1924–, la sala abre al público todos los viernes laborales –excepto el período estival, que concluye el 13 de septiembre– hasta finales de noviembre.

UNA ENTRADA SOLEMNE ❖❖❖ El espacio, inaugurado en 1996, “tiene una entrada solemne, en el sentido de que hay un recorrido previo”, nos cuenta Garcés. Tras unos pasos, se llega a la sala propiamente dicha, una caja de hormigón de 500 m³ (5 x 10 x 10 m). “Es una pieza que tiene unas medidas bastante mágicas –comenta Garcés–, también por el hecho de que se instala en una retícula muy repetitiva”. El sitio en sí no existía. El edificio no contaba ▶

con un sótano, así que lo que hicieron los arquitectos fue partir de la planta baja e ir profundizando hacia abajo. Eso sí, está en un lugar muy específico, coincidiendo con una de las fachadas, lo que significa que tiene ventanas. La luz se cuela a través de estas aberturas, bañando el interior y contribuyendo a crear esa atmósfera tan especial. Hay una anécdota que ejemplifica la buena sintonía entre los arquitectos y el artista: “Hubo una iniciativa del constructor de poner yeso en las paredes que a ninguno de los tres convencía. Entonces lo que hice fue rascar y apareció algo que no habría salido si antes no hubiera habido una capa de yeso. Cosas del azar, pero que demuestra la complicidad entre Tàpies y nosotros”.

DE LO ESPIRITUAL EN EL ARTE Cuando se alza la vista, uno se encuentra con una columna que ayuda a medir la altura y también actúa como un metrónomo dimensional. Un ingrediente más para generar un ambiente sagrado al que se acude para relajar el espíritu, más allá de las creencias religiosas. “Creo muy significativo que desde el mundo universitario recordemos la necesidad de unos espacios de silencio y de reflexión con los que el arte puede ejercer sus funciones más nobles”, señaló Tàpies sobre su proyecto. En este sentido, la Sala de Reflexión tiene un vínculo con la Capilla Rothko, en Houston (Texas), concebida como un espacio de meditación inspirado por las pinturas de este generador de emociones a través del color. Volviendo a la puerta de entrada, de cristal y corredera, precisaba de un obstáculo visual. Garcés preguntó a su amigo si podía resolverlo de una forma más creativa. Tàpies dibujó en negro sobre el cristal las iniciales de algunas de las personas que habían participado en la construcción. El homenaje a un trabajo en equipo que supo plasmar la reivindicación del artista del vínculo entre arte y espiritualidad. ■ museutapies.org

Jordi Garcés comenta con Antoni Tàpies un detalle de la obra, en 1996. “Trabajar con él fue absolutamente cómodo”, recuerda el arquitecto. Abajo, la entrada, que se efectúa a través de una gruesa caja de hormigón y, a su derecha, una de las obras expuestas por Tàpies.

FOTOS: EVA CARASOL - ARCHIVO UNIVERSITAT POMPEU FABRA

“ME PARECIÓ OPORTUNO
CREAR UN ESPACIO
QUE FAVORECIERA UN MEJOR
ACERCAMIENTO A NUESTRA
VERDADERA NATURALEZA”

ANTONI TÀPIES

